# EL CASTRADO DE LA VOZ DE ORO

-1-

El cardenal Piccialli me observaba con sonrisa forzada de falsa paternidad. Un ojo levemente a la virulé, que volaba por las esquinas restallantes de los dorados techos, le confería un intranquilizador aspecto de bruja de cuento infantil. La nariz aguileña y una poblada colección de verrugas faciales contribuían al mayor parecido. Me encontraba como en noche de Reyes.

—Amadísimo Paul Konrad Cuttat, el motivo de hallarte en nuestra presencia es una buena nueva que seguro te inundará de gozo y orgullo. Dios te ha bendecido, Paul Konrad. Eres tú el elegido...

Su oratoria vacía me incomodaba al menos tanto como su ojo. Me trasmitía escasa seguridad. Soy soldado: hombre de pocas palabras. La cháchara hueca y las faldas están ligadas a lo femenino. Ambas cosas reinaban con imperio en el carácter del cardenal.

—Su Santidad —prosiguió— ha reparado en ti. Eres el mejor de nuestros hombres, el más preparado, el más capacitado según tus superiores. Joven y fuerte, así te necesita el Santo Padre. Que tu brazo no vacile en la misión que te tiene encomendada.

—Agradezco tan alto honor, Ilustrísima. Lo agradezco de todo corazón. Pero la responsabilidad me abruma...

—¡No, no, lo creas...! —acercó una mano, rozando mi brazo derecho con sus largos dedos, extendidos como sierpes sinuosas— ¡Confía, como nosotros confiamos, en que el Espíritu Santo y nuestras bendiciones se aliarán con tus capacidades innatas! ¡Una alianza que te llevará a feliz puerto: servir bien a tu señor, Vicario de Jesucristo!

De pie ante el Cardenal, firme delante del trono de Su Reverencia, no podía dejar de seguir con la mirada el rumbo ocioso que tomaba su ojo malparado.

Levanté la barbilla cuando escuché los pasos de otro hombre que se acercaba, arrastrando los pies, por mi espalda. Se me envararon los músculos. Costumbres. Deformación profesional.

Se trataba de un sacerdote anciano, chepado, que limpiaba el marmóreo suelo de la suntuosa estancia vaticana con los flecos del manteo. Me entregó una carta.

Monseñor Piccialli, secretario personal de Su Santidad, continuó hablando.

—Hace una semana recibimos una misiva de nuestro querido sobrino Ernesto Cesiro Della Moglie, ángel de voz pura como agua cristalina. Un alma que, a pesar de su origen humilde, como el nuestro propio, ha llegado a rozar las cumbres del bello arte del canto litúrgico. Una particular entrega al Altísimo que ha dado frutos sabrosos, muy sabrosos..., en fin. La breve misiva que llegó a nuestras manos fue esa misma.

Señaló el pliego de papel rugoso que me habían entregado. Hizo un ademán ceremonioso con su mano derecha, refulgente de gemas. Entendí que debía abrir el sobre.

Leí.

—Como verás, podríamos calificarla de inquietante —el cardenal dejó transcurrir un tiempo prudencial antes de proseguir—. El bueno de nuestro pequeño sobrino, que es como un hijo para Nos, se encuentra en claro peligro. Sus palabras, apresuradas en su escritura parece ser, ahogaron nuestra alma en un puño de desasosiego. Estamos francamente intrigados. Y más, conociendo como conocemos los inaceptables manejos de aquel que es mentor de nuestro sobrino. Es por ello que decidimos comunicar tan particular asunto a Su Santidad, ajeno a él en un principio.

Noté cómo tomaba aire. Su nariz se hizo más ancha. Más horriblemente ancha.

—Don Raimondo Di Sangro, Príncipe de Sansevero, Grande de España, amigo y consejero de Su Majestad el ahora Carlos III, es una de las más preclaras personalidades de la ciudad de Nápoles. Militar distinguido, poeta, filósofo y gran mecenas, pero un destacado activista de la Razón, un intransigente adepto del Escepticismo, de la falsa luz de la Ilustración... Resta decir que un declarado enemigo de la Verdadera Fe de la Iglesia. Un... masón...

No sé dónde pudo ver en mí ningún gesto de sorpresa. Alzó sus pobladas cejas.

—Sí, sí...: masón. Y un masón peligroso. Su Paternidad lo amonestó muy firmemente hace poco menos de veinte años, y él renunció a su errático rumbo sirviendo bien, en justa penitencia, a la Santa Inquisición, denunciando a sus compañeros y sus secretas y peligrosas actividades, salvando de este modo las almas de los perdidos para la Santa Madre Iglesia y devolviendo la honra a la familia Di Sangro. Pero es un noble de cuna, hijo de un siervo de Dios, su padre Antonio, que abrazó los hábitos de la vida contemplativa en los últimos años de su pecadora existencia, y amigo además del Rey de España..., un amigo influyente..., ¿entiendes, hijo mío? No podemos pecar de indiscretos.

Asentí con firmeza, aunque no me gustaba su tono indulgente.

—Tememos, Paul Konrad, que haya vuelto de nuevo la espalda a la Verdad de la Iglesia. Procuramos por nuestro hijo Raimondo, por su bienestar futuro, la salvación de su atormentada y confusa alma. Y procuramos también por nuestro aterrorizado sobrino... Ernesto es tan sólo un chiquillo, Paul Konrad...

Ladeó la cabeza con innecesaria teatralidad.

—Irás a Nápoles y averiguarás qué está sucediendo en casa del Príncipe de Sansevero. Ve, hijo mío, con Dios pero no en nombre de la Madre Iglesia. El secreto ha de guiar tus pasos, de no ser así la desconfianza del Príncipe daría con tu sagrada misión al traste. Serás un agradable *hermano* extranjero a los ojos de Su Excelencia. El Santo Padre lo ordena y Nos te lo rogamos: mantenednos informados. Si descubrieras algún particular sospechoso recibirías nuevas instrucciones nuestras.

Sonrió otra vez, forzado.

No hubo más.

Tras recibir de Su Ilustrísima una bendición blanda y amanerada, negligente, apática, me retiré a disponer el equipaje de inmediato. Mis pocas prendas debían estar listas en sus bultos para la caída de la noche. Misa, sueño corto y madrugar. De nuevo misa y emprender el viaje camino de Nápoles.

Las sensaciones que se apoderaron de mi espíritu en aquel preciso instante, al escuchar cómo cerraban a mis espaldas los enormes batientes de las puertas que daban paso al despacho del Secretario Pontificio, no me eran del todo extrañas. Una opresiva mezcla de cierto asco y vergüenza.

No había sido la primera vez que se me encargaba un trabajo similar. Ese fue el precio, en su día pactado, por mantener mi destacada posición dentro de la Guardia de Su Santidad, por no perder mi sueldo, mi hogar, mi familia e incluso mi propia vida. Una vida por la que tanto habíamos luchado mi padre y yo, desde que empecé a tener uso de razón. Para la que él me había instruido primorosa y pacientemente.

Ellos perdonaban los pecados, un sacramento divino que se veían obligados a administrar, pero nunca olvidaban. Y el precio por continuar con la que era mi única vida posible no era otro que dejarme utilizar siempre que lo requirieran.

Infame.

Yo me había convertido, de este modo, en su arma más preciada en la lucha sin cuartel contra los enemigos de la Verdadera Fe. Arma callada: humilde como un cordero, certero como un halcón. Ese era mi papel en esta comedia. Pesaban sobre mí media docena de condenados por la Inquisición.

Fui sus ojos. Soy sus ojos.

Aún conservo la espada de mi iniciación, utilizada el día en que me franquearon la tan deseada entrada a los Misterios de mis *buenos primos*, a los que luego tantas veces he traicionado.

Bajo el uniforme que Miguel Ángel diseñara para los míos con pulso firme de genio, sobre mi pecho de igual latido inconmovible, aún duerme la rosa el sueño de Amor sobre la cruz de oro. Ajena a mi fariseísmo.

Recordándome siempre que soy Judas una y otra vez.

## -2-

Las salas vaticanas eran como enormes urnas. Se me hacían parte de un mismo relicario, el de todos nosotros, el de los católicos: refinados, afeminados, traicioneros y desconfiados, los más prosaicos, los auténticos represores de la fe, utilizada como mera excusa, flexible y blanda, para controlar a una masa ingente y aborregada de personas.

El pueblo fiel. *Fiel*...

Pobres...

Sentía profunda lástima por ellos, por los *fieles*. Dios mío...

Los imaginaba escuchando detrás de alguna de las ricas cortinas de los suntuosos salones. Detrás de las telas de grana, bordadas en oro, que habían costado cien sueldos de cien familias sólo para tapar una ventana: una de las miles de ventanas del inmenso palacio de Dios. Los imaginaba a ellos, a aquellos fieles de misa diaria obligada al alba, antes de torcer la espina dorsal en la angosta postura del sometido, antes de dejarse la sangre en cada gesto para enriquecer a los que, sin embargo, actuaban como sus salvadores, sus supuestos y buenos amigos. Más que eso: sus *padres*...

Los imaginaba escuchando las risas de los finos labios de todos y cada uno de los que componían la corte cardenalicia, como hembras fláccidas cuchicheando sobre tal o cual joven novicia... o novicio.

Si ellos pudieran escuchar, como yo tuve oportunidad en decenas de ocasiones en que hacía guardia a las puertas de las habitaciones privadas de tal o cual cardenal. Si pudieran escuchar sus maliciosas risas, aromatizadas por el vino, por el efluvio etílico de la sangre no consagrada de Cristo.

Llorarían.

Arderían de rabia.

Si ellos, pobres criaturas, escucharan.

Los comentarios soeces de sus purpuradas ilustrísimas, las sonoras flatulencias en tantas opíparas bacanales.

Las continuas burlas a los cultos del pueblo humilde e iletrado. A sus procesiones, a su fe sencilla, a su absorta mirada de niños ante milagros tantas veces orquestados delante de

mis propios ojos. Milagros inexistentes. Reliquias de mártires una y mil veces enviadas desde el Vaticano como auténticas y venerables, pero no más que huesos ahumados del pollo servido en la cena del día anterior.

Cada vez más templos, más riquezas a mayor gloria de Dios, de un Dios que permanece en silencio. Incluso ese mismo silencio era utilizado por ellos como justificación, como razón de sus tiránicas exigencias.

Tierras, acumulación de tierras.

Guerras para defender los intereses de las cuatro nobles familias italianas que controlan alternativamente el poder de la Tiara. ¡No hay más que cuatro! ¡Cuatro!

Cerdos, incultos, ignorantes...

Desprecian la luz del propio Creador. Pervierten, como putas mentirosas, la verdad del Evangelio. Donde Cristo dijo blanco, ellos pisan hasta dejarlo negro. Negro muerte.

Promesas vacías.

Cada desafío hacia su poder, cada oportunidad de emancipación dada al pueblo por los sabios e iluminados, era utilizado como excusa, insulto tras insulto, para ahogar al infortunado libertador de conciencias bajo un cúmulo de apestoso servilismo.

Y se burlaban. Se burlaban de aquellos gracias a los que ostentaban este infinito y agobiante poder. Los *fieles*.

Los creyentes que entonan cánticos en un incomprensible, para ellos, lenguaje mágico, negándosele de este modo la libre posibilidad de saber que, precisamente, el mensaje que Cristo nos trajo derrumbaría a los mismos que hoy lo malinterpretan, que lo babosean con interminables liturgias, los que condenan al ostracismo o incluso llegan a asesinar, enviándolos a la hoguera, a aquellos que constituyan una bocanada de aire fresco entre tanto hedor a pudrición.

Interminable.

Brutal.

¡Si los pobres que creían firmemente que aquellos hombres estaban elegidos por el mismo Dios supieran las muchas veces que yo, como guardia personal de algún purpurado, tuve que sacar de madrugada -pero no a escondidas, dentro del Vaticano no se avergüenzan, a nadie coge este tipo de cosas por sor-

presa- a más de una y más de uno reventados por prácticas insanas y soeces! Más de una furcia rota.

Recuerdo especialmente a una, preñada de un obispo encargado de los archivos, viejo y jorobado, sin dientes, pero con un pene, según bromeaban sus compañeros, de tamaño desproporcionadamente grande y grueso, que estaba a punto de dar a luz a un hijo del asqueroso sacerdote. La mantuvo a su lado durante todo el tiempo que pudo disfrutarla, pero, cuando el embarazo estaba cumplido y era cuestión de días que la bastarda criatura viera la luz de este podrido mundo, el viejo, en una de sus orgías, acabó golpeándo a la puta con tal fiereza que la infortunada perdió el conocimiento. Desvanecida, fue trasladada en un carro hasta la orilla del río Tíber, donde la arrojaron, emergiendo pasada más de una semana su cadáver a flote. Ese espantoso cadáver doble...

En esta ocasión no fui yo el encargado de deshacerme de la infeliz, de expulsarla fuera de las murallas de la puerca ciudad sagrada. Yo no la hubiera matado, no habría llegado a tanto. No soy como ellos...

Sé quién lo hizo. Un compañero. Un sucio guarda suizo. Mercenarios, a fin de cuentas...

Somos mercenarios.

## -3-

Camino de la salida me crucé precisamente con uno de esos escandalosos degenerados, un fraile dominico aún joven pero cuya fama de sátiro le acompañaba allá donde se le nombraba. Me miró la entrepierna.

No era la primera vez que lo hacía.

Mis pasos, firmes, resonaban con eco rotundo sobre los mármoles, pulidos hasta el delirio. Podía ver mi imagen perfectamente reflejada en ellos, como si caminara sobre un espejo, pero un espejo con una profundidad singular en el azogue. Como si anduviera sobre unas aguas turbias y asquerosamente petrificadas.

«Caminó sobre las aguas», pensé. Sonreí.

En uno de los pasillos que me veía obligado a atravesar encontré un grupo de jóvenes —demasiado bellos como para estar allí, recapacité con tristeza al verlos y sentirlos en singular peligro— que ayudaba a colgar una gran pintura enmarcada en molduras aparatosas. La tela representaba a la Magdalena inclinada sobre los pies de Cristo para mejor limpiárselos con sus propios cabellos de oro, lujuriosos, en bucles perfectos. El Redentor, sin inmutarse por tamaña voluptuosidad, hacía el gesto de bendecir a la mujer ante la atónita mirada de sus apóstoles, reunidos en singular festín en casa de Simón el Fariseo.

Volví a posar la mirada en los jóvenes acólitos, imberbes, limpios, sin formas musculares que les definiera todavía como hombres. Tiernos aún. Noté de reojo la erección mal disimulada bajo los faldones del pervertido que guiaba la operación de la colgadura del enorme lienzo. Pronunciaba hacia los chiquillos palabras demasiado tiernas, impropias de un sacerdote.

Repugnante.

Tuve ganas de escupir sobre el suelo limpio como una patena.

Sobre el suelo bruñido de mármoles que reflejaban mi paso, igual que en un ensueño. Mi atuendo se difuminaba a través de aquel espejo. Yo y *yo*. Quise ver en ello una suerte de alucinación simbólica. Un aviso de mi otro *yo*.

Había logrado espantar todas estas ideas de mi abotargada imaginación justo antes de presentarme ante las puertas, in-

mensas, catedralicias, que reservaban las estancias privadas del cardenal Piccialli, pero, ahora que salía de ellas, mis sombrías reflexiones regresaban con furia y repugnancia, amargando.

Los jóvenes, casi niños, que acababan de colgar la pintura de Cristo en casa de Simón, ahora regresaban camino de no se sabía qué oscuras tinieblas.

El sacerdote que los había guiado en la complicada operación les cogía de los hombros, bromeaba con ellos en un engañoso tono paternal.

Sobándolos.

Apreté el paso, ahogado por la falta de aire sano. Un aire muy superior al físico.

Salí afuera, por fin, con una conocida sensación de alivio cosquilleando en mi estómago.

Roma resplandecía con un cierto tono dorado que realzaba el oro de las cúpulas y los remates de las estatuas.

Un sol de atardecer, sesgado y brillante, hacía imposible mantener los ojos completamente abiertos, por lo que entorné los párpados todo lo que pude, contemplando durante unos instantes el paisaje urbano que se abría delante de mí.

Allá, a todo lo lejos, se extendía la *Ciudad Eterna*, amiga de cierto rechazo a la perenne fortaleza vaticana. Una bella relación de amor y odio, especiada por regalos de falsa galantería.

Olía a corrupción propia de meretrices.

La basílica de San Pedro me resultó, desde fuera, tan fría como siempre. Hermosa, pero podrida, como una manzana aún tersa pero pronta a explotar de gusanos que se cuecen en su interior.

El Vaticano era una tumba, la de Pedro.

Era una verdadera tumba, escoria, nido de descomposición. Si se abriera como la caja de un muerto sólo podría encontrarse putrefacción y miseria venenosa.

Estaban encalando una de las paredes exteriores, cercana a la botica.

«Sepulcro blanqueado», fueron las palabras que acudieron a mi pensamiento instantáneamente.

Sonreí por segunda vez.

## -4-

Una suave brisa, lozana, se levantó justo cuando comencé a caminar en dirección a los barracones donde los soldados de Su Santidad teníamos nuestras viviendas, a espaldas de la basílica.

No muy lejos de mí, un perro se lamía la entrepierna a los pies de la estatua de San Pablo.

No había niños correteando por los alrededores ni por las dos o tres plazas que se abrían frente a la parroquia del Vicario de Cristo en la tierra. Eso me disgustaba.

Recordé lo mucho que aquello me había llamado la atención en su día. Hoy ya conozco el motivo por el cual se da esa suerte de ausencia. Las madres —sabias, sanas— les advierten del peligro que corren si juegan cerca de aquel nido de buitres carroñeros.

«No disgustéis al Señor con vuestros juegos y gritos a las puertas de su casa», les dirían. Pero la razón de tal prohibición era otra bien distinta. Otra, oscura y repugnante, manchada de sangre y lágrimas.

A pocos pasos fuera de los límites del Vaticano por la cara exterior de las altas murallas, ya se escuchaba el chillerío de niños brincando, riendo, celebrando la vida con el calor del sol romano templándoles el bronce de los rostros. Hermosos. Saludables. Sin respirar el aire viciado que supuraban aquellas paredes.

Paredes de oro.

Paredes de las más ricas perlas, plagadas de pinturas que representaban brutales muertes envueltas en una ridícula poesía. Muertes escabrosas, feroces, perturbadas, fruto de retorcidas mentes. ¿Las de los martirizadores? No: la de los hagiógrafos, que disfrutaban con la exposición cruda de las más mínimas truculencias.

Recordé a un capuchino al que sorprendí en cierta ocasión masturbándose ante un cuadro que representaba el martirio de San Sebastián. Santo gallardo, efébico, de cuerpo blanco como el de una mujer, pero sin pechos, sin vagina: las cunas del pecado para aquellos viejos depravados.

Contranatura.

Ya no me reflejaba en el suelo.

Los enormes y centenarios bloques de piedra negra que adoquinaban las calles no reflejaban, ni por asomo, mi imagen. Eso me tranquilizó. Por algún extraño motivo me tranquilizó.

—¡Buen día! —me saludó un panadero al que conocía desde hacía poco tiempo.

—¡Buen día! —respondí con una sonrisa desvaída, saliendo de mi malsano ensimismamiento.

Temía hundirme en mis pensamientos. Pero era inevitable que me sucediese. Escapaba hacia dentro, pudiera decirse, me exiliaba en mi interior, de todo aquello que tanto detestaba.

No podía hacer otra cosa.

Eso y beber. Fumar. Llorar con amargura más de una noche.

No era yo. Era *yo*. Volví a recordar, con cierta repugnancia, mi reflejo en los ricos y pulidos mármoles que enlosaban los pasillos de los que solía alejarme cada vez con mayor celeridad.

Las columnas gigantescas del gran Bernini quedaban atrás. «Otro vendido», pensé. «Como yo».

Un gato observó, con mucha mayor majestad en su porte de la que pudiera desear para sí más de un miembro del colegio cardenalicio, mi transito a través del escuálido pasaje cubierto que separaba la belleza del templo y de los palacios pontificios de la sordidez de los fríos barracones.

En la plaza de armas, dos compañeros que jugaban a los dados se cuadraron al verme. Los juegos de dados y cartas estaban prohibidos dentro de la Ciudad del Vaticano, eran tenidos por indecorosos e impropios de caballeros cristianos. Pero nunca nadie había aparecido por allí para comprobar si guardábamos o no las reglas.

En cambio, la continua burla, ostentación y despilfarro a la que ellos estaban acostumbrados no era *indecorosa*.

Suspiré estúpidamente.

El sol, casi caído, proyectaba unas sombras alargadas y fantasmales, patéticas, de las que yo formaba parte.

Saludé a los jugadores de dados.

—¿De quién es la suerte? —pregunte, sin interés.

—De Gino —contestó uno— ¡El condenado tiene un buen día!

—¡Suerte la tuya, hijo de perra! ¡Sólo trato de recuperar lo que me arrebataste la pasada noche!

Rieron con viril franqueza.

Todo aquello me devolvió a una realidad menos amanerada, menos falsa que en la cual había estado inmerso hacía un instante. Ya no mármoles ricos. Piedras sobrias. Ya no sonrisas y medias sonrisas. Carcajadas de soldados. Ya no moral trastornada. Juego, puro y maldito juego entre dos hombres.

Mi mundo, del que me veía obligado a salir a diario para sumergirme en el charco de serpientes.

No era el único que pensaba todas esas cosas. Muchos de mis compañeros y subordinados opinaban igual.

Pero era mi trabajo. Nuestro trabajo.

Mercenarios del Espíritu Santo...

¡Dios, qué blasfemia tan... cierta!

Dentro de la casa que tenía asignada, modesta, funcional, cómoda y limpia, tan sólo me esperaban las paredes desnudas y mi escaso guardarropa. Otros vivían con su mujer y sus hijos, pero con igual sobriedad. Buena comida, buen hogar, pero nada de lujos superficiales. Esta era la vida de un soldado de Su Santidad.

Desde el fondo de la pequeña casa, en el patinillo con pozo que me era correspondiente y común a otros cuatro hogares de compañeros, piaban con sueño los tres pajarillos que yo tenía en una amplia jaula, todo lo amplia que me fue posible para darles la mayor movilidad. Me recibieron con canto corto al saber que acababa de llegar.

Pero percibí su trino no todo lo acompasado que de costumbre. Me acerqué a las pequeñas criaturas.

—¿Qué os pasa, que no os oigo piar como Dios manda? —pregunté, más el aire que a las pobres bestias.

Uno de ellos, hecho un ovillo gordo de pelaje entre amarillento y marrón rojizo, permanecía acurrucado con exceso de celo en la esquina más en sombra de la jaula.

—Parece que esta es tu última noche, amigo —le dije, en un gesto casi infantil—. Ya lo veía venir yo... Demasiados años hace que estamos juntos...

El pajarillo respiraba trabajosamente. Pude adivinar que sus ojos estaban irregularmente acuosos. Llorosos. Pareció fijar su turbia mirada en mí.

—Pájaro de mal agüero...

Musité, pero con tono cariñoso.

Los otros dos, más jóvenes y estilizados, permanecían apartados, todo lo lejos que podían, del moribundo. Quizás por asco, o por miedo... Tal vez por no molestar los últimos momentos de su compañero con sus trinos de atardecer.

Volví para hacer mi equipaje.

El pájaro no pasó de aquella noche.

A la mañana siguiente lo saqué de la jaula, envolví su cuerpecito en un deshilvanado pañuelo de tela y lo llevé, en el puño de mi mano, hasta que di en mi camino con un trozo de campo que consideré oportuno.

No quería tirárselo a los gatos, para que devoraran ese cuerpo diminuto que con tantas alegrías y cánticos había endulzado las oscuras soledades en que frecuentemente me veía sumido.

Lo enterré con cierta veneración y tal respeto que, a ojos de un extraño, pudiera haber parecido cómico, pueril.

Todo aquello lo tomé como una mala señal.

Pensé en Nápoles, en la misión que hasta allí me llevaba. Me punzaba la base del cráneo.

Camino de mi destino mi petate no era pesado, pero sentía ciertos fastidios, ciertos vértigos. No hacía frío aquella mañana. Pero un estremecimiento me recorrió el espinazo nada más sentir que me alejaba de mi hogar.

La cúpula de Miguel Ángel aún pretendía envolverme con su dominio de gigante. Parecía tener ojos.

Ojos de oro. Ojos de plomo.

Ojos fríos.

## -5-

Desembarqué en Nápoles cuando contaba pocos días aquel mes de marzo de 1771.

El salitre, en cierta manera, hería mi rostro pero al mismo tiempo me vivificaba. Los olores, los colores, eran tan distintos a los de Roma que me resultaban catárticos, renovadores. Había algo en todo ello, tal vez la balsámica lejanía que me separaba de la sucia Ciudad del Vaticano, que se me hacía exquisito.

Sucia ciudad del Vaticano, aunque mucho más limpia en apariencia que aquella a la que acababa de llegar. Sucia era de espíritu, reluciente en calles y fachadas, plagada de oro, riquezas, gemas y cánticos en puro latín, de voces puras.

Nápoles era, con diferencia, mucho más pestilente de heces y orines, plagada de pintadas soeces en las paredes, de despojos de pescadería en el suelo, de aguas fecales encharcando cada esquina. Pero limpia de ánimo, al menos eso creía adivinar, por su tenaz sinceridad.

Los rostros eran también distintos a los de los afilados príncipes de la Iglesia y demás secuaces. Incluso los más horribles adefesios tenían en Roma ademanes soberanos, gesticulaban con cierta gracia aprendida. En Nápoles no.

En Nápoles abundaban los perfiles aguileños, cetrinos, las tiznes negras de suciedad surcando las caras de los chiquillos que correteaban libremente por las calles, como animales divinamente salvajes. Medio desnutridos, harapientos, pero con los ojos profundos de verdad.

Te miraban como no miraban los niños en Roma: nada acobardados.

Eran estos niños de Nápoles como niños hombres, con una mirada de inteligencia verdaderamente sorprendente, como sin complejos que les atenazaran. Conscientes de lo que era bueno y lo que era malo. Pero niños, al fin. Sin concesiones.

Eso veía en ellos, en sus gestos, en su forma de manejarse, en sus rostros.

Lo primero que debía hacer era dirigirme a la fonda «*Guardingo*», en la colina del Vomero, cerca de la Cartuja de San Martino, donde me hospedaría. Dejaría mi petate y organizaría mentalmente los siguientes pasos a dar.

Caminé, no obstante, sin ninguna prisa. Nápoles me resultaba una ciudad natural, verdadera, sincera incluso en sus miserias. Eso era sobradamente reconfortante para mí, asqueado del ambiente viciado que se respiraba entre las paredes del Vaticano.

—¡Bruno! —gritaba una madre desde su balcón— ¡Vuelve Bruno, que tu abuelo te necesita!

La señora, morena desbaratada por haber parido una prole salvaje de chiquillos, tenía las caderas descompensadas, amplias y desbordantes. Inclinaba sin falso decoro su abundante y desgarbado busto sobre la baranda del balcón desde el que gritaba. Casi se le salían los pechos por entre la sucia camisa que en otro tiempo debió ser blanca.

—¡Bruno! —volvió a gritar— ¡Que tu abuelo necesita que lo limpies!

—¡No voy *mamma*! —contestaba una vocecita surgida desde un grupo de desarrapados que jugaban a cortarle el rabo a una indefensa lagartija— ¡Que le limpie la mierda la Sofía...!

—¡Tu hermana está lavando, vuelve a la tarde!

—¡Que no, *mamma*!

—¡Ven, te digo!

—¡*Mamma*...!

—¡Ven o te arreo con la correa de la mula, ven ahora...!

El niño ni siquiera se molestó en contestarle de nuevo. La ignoró por completo. La mujerona morena parecía a punto de caerse desde el escuálido balcón.

Dejé de lado la escena y me encaminé por otra calle, amplia, larga, plagada de ropa tendida al sol de una parte a otra de la misma, atravesada de colores como banderolas de feria, engalanada para la fiesta diaria, sin motivo de feria de ganado o procesión patronal: fiesta de la vida. Hileras de ropa igualmente ancladas entrambos edificios fronteros dibujaban un horizonte interminable y colorista hasta donde la vista alcanzaba.

Algunas ropas chorreaban aún. Puse cuidado de no pasar por debajo de éstas.

—¡Ginetto! —más gritos, esta vez de otra mujer, mucho más escuálida que la anterior pero de igual rostro aguileño—. ¡Puerco degenerado de carajo mustio... ven ahora de inmediato a terminar lo que comenzaste!

Un hombrecillo triste, con un mostacho lánguido adornándole la cara redonda, abría la puerta de la casa, sobre la que la mujer se asomaba desde un balcón más alto que largo, mucho más descocada si cabe que la rotunda mamá de hacía un instante.

—¡Que lo acabe tu marido, que para eso le pones de comer todas las noches! —contestaba el hombrecillo, ajustándose el cinturón.

—¡Mierda de hombre! —gritaba con fuerza la mujeruca.

Un cuarteto de pordioseros desocupados reían ante la escena, rascándose dos de ellos las pústulas amarillentas que afeaban sus caras. Malatía.

Una dama arrojaba varias monedas a este grupo de tiñosos, dejando asomar un suspiro fugaz de mano enguantada desde el interior de la carroza en la que viajaba.

—¡Dios se lo pague! —decía uno.

—¡Dios la guarde! —decía otro.

—¡Dios le premie con el coño escocido por el rabo de un negro! —dijo un tercero, cuando ya hubo comprobado que la carroza andaba lo suficientemente lejos como para que no le pudiera oír la caritativa filántropa.

Los cuatro aunaron sus voces rotas por la miseria para reír villanamente la ocurrencia del repugnante pobre.

Los caballos defecaban en mitad de la vía pública. Un joven que portaba lo que parecía una pequeña barrica de vino pisó una de aquellas deposiciones. Maldijo en voz alta, uniéndose su voz a la de todos aquellos que atestaban la calle. Ruido de vida.

Quien más y quien menos maldecía. Alguno blasfemaba.

Una anciana escupía a los pies de otro viejo que en ese preciso momento se cruzaba con ella.

—¡Bruja, ya te coman las tetas los piojos! —le gritó el viejo.

La anciana se lanzó a arañarle la cara y el otro la arrojó de un golpe a un charco que apestaba.

A pesar de todo, me gustaba aquel ambiente. Los escrúpulos eran señal de afectación y engaño. Esa mañana en Nápoles todo me resultaba más auténtico de lo que solía estar acostumbrado.

El ruido de los cascos de los caballos quedaba sofocado por las altísimas voces de todos y cada uno de los habitantes de la ciudad. Ni una sola calle por la que pasaba en mi transitar se encontraba en silencio.

La vida bullía con escándalo. Con escándalo de volcán al acecho.

Varios hombres se peleaban frente a una taberna.

—¡Quince por el cerdo!

—¿Quince? ¡Fueron doce lo acordado!

—¡Doce no, putañero: quince!

—¡Mierda que comas!

—¡La comerás tú, cabrón!

Se empezaron a pegar. A pesar de estar rodeados de gente en buen número nadie los separaba. Al contrario, parecía disfrutar el público. Alguno les alentaba con una pulla verbal.

—¡Pégale, pégale, marica...!

—¡No tienes agallas! —animaba otro.

—¡Cojones es lo que no tienes...! ¡Pégale a esa rata! ¡Enséñanos de qué color tiene los sesos...!

—¡Color mierda! —apuntó uno.

Y todos rieron la ocurrencia.

Comenzaron a golpearse, a ciegas. El más alto de los dos que se peleaban hizo saltar saliva sanguinolenta de su enemigo al primer manotazo. El otro, como si fuera una mujer, enloquecido, se agarró de los pelos de su agresor.

Chilló y le mordió en la oreja.

Creo que le arrancó un trozo de ella, a juzgar por el alarido que dio la víctima.

Los otros reían a mandíbula batiente.

Los dejé atrás. Ahora sólo oía cantar a dos lavanderas que, a coro, restregaban con genio aparatosas sábanas de recio lino moreno en sendas tablas, arrodilladas en unos lavaderos públicos atestados de mujeres.

Unas hermosas, otras no tantos.

Las había a las que casi se le escapaban los pezones de las entretelas, sin pudor alguno, reconcentradas en el restregar hacendoso. Al poco, todas las presentes acertaron a continuar la canción iniciada por la pareja primera. Una canción picante, desvergonzada. Como ellas mismas. Como todo en aquella ciudad. Franca, fresca. Sin concesiones, solamente naturalidad bronca.

Hubo quien escupió a mi paso. Quien me miró con fijeza. Quien me ignoró. Quien me pidió limosna, sabiéndome extranjero. De éstos, muchos.

—¿Tiene algo el señor..., algo, vuesa merced?

Adiviné acentos españoles. Lógico.

—¡Rebusque en sus bolsillos, que Dios se lo recompensará en salud y en hijos...!

Solía decir que no con la cabeza, para que mi habla no me delatara aún más como forastero y ello pudiera ponerme incluso en peligro. Conocía el modo en que se las gastaban aquellos pordioseros. Aquellos pillos para los que la vida de un hombre valía exactamente lo que guardara su bolsa.

Enfilando una estrecha cuesta me sorprendió una piara de cerdos que dificultó en cierta medida mi camino, haciéndolo intransitable por un buen rato.

El porquero, al llegar a mi altura, en lugar de disculparse por las incomodidades causadas por sus guarros, me miró de arriba abajo, escupió cerca de mí y me habló como en un gruñido que nada tenía que envidiar al de los cochinos que guiaba con una vara de mimbre.

—¡Apártese y no moleste!

Eso hice. Eso mismo. Me resultaba simpático.

En aquellas calles abundaban los niños.

Uno se dirigió hacia mí.

—¿Trae dulces? —dijo.

—¿Cómo? —contesté, extrañado por la pregunta.

—Dulces de miel... —me repitió—, de miel sólida... ¡Dulces de miel!

—No..., ¿por qué habría de traer?

El chicuelo no respondió. Maldijo en voz baja y se regresó al grupo del que había salido. Sus compañeros le esperaban con cara de impaciencia. Seguro que las noticias sobre mí y mi falta de dulces debió desanimarles.

El sol resplandecía con franqueza azul.

## -6-

Aquello me agradaba. Mucho. Desde luego.

Sentía relajados los músculos, eximidos de las tensiones que solían acumular con el paso de los días, grises y pomposos, en Roma.

El rumor del mar, aunque no se escuchara claramente, siempre se adivinaba allá donde fueras. Era extraño pero, sin verlo, el ambiente, la limpieza de la luz, denotaba su presencia. El salitre. Me devolvía la salud. La efusiva salud del hombre.

Un individuo giboso arrastraba retama en un carro desmembrado. Con la farfolla haría colchones para aquellas gentes, pensé. Colchones para aquellas gentes...

Recordé nuevamente el Vaticano, las sábanas de raso, los bordados litúrgicos sobre las colchas de los cardenales...

Escupí en el suelo.

—¡Pescado!... ¡Pescado fresco! —pregonaba uno su género.

—¡Sandalias de esparto! —otro— ¡Las mejores!

Me había dado de bruces con pleno mercado callejero.

Había llegado al centro de Nápoles. Estaba cerca de mi destino.

—¡Caro! ¡Te parece caro...! ¿De qué van a comer mis hijos?

Le decía uno a otra clienta.

—¡Caro y podrido! ¡Esto no vale ni la mitad de lo que pides!

Pasó el Viático en aquel preciso momento. Fue el único instante en todo mi trayecto en el que guardaron reverencial silencio los hombres y mujeres de la ciudad.

Se arrodillaron al paso del sacerdote portador del cuerpo de Cristo consagrado, que viajaba dentro de un fastuoso cubículo portado por dos criados de librea.

En las puertas del coche tirado por bestias humanas, aparecía pintado un sol resplandeciente entre ángeles y arcángeles que entonaban el «*Gloria*». Filacterias plagadas de alabanzas, rompimiento de nubes, luces, frutos surgiendo a borbotones del cuerno de la abundancia, comunión de los santos... Una obra de preciosista miniatura ya craquelada por el rigor nada reverente de la mala técnica.

Volutas doradas remataban el habitáculo dentro del cual un oficiante con pesada y rica capa pluvial sostenía una cajita

de nácar de China que debía contener la Hostia. Sus manos estaban escrupulosamente embozadas en las ricas telas bordadas de la capa, para no mancillar con su contacto el continente de la Forma, carne del mismísimo Cristo.

Una campanilla y dos ciriales le abrían paso.

—Será el dichoso Don Mario Ghetono... —decía uno de entre la gente a su compañero, ambos de rodillas— ¡Le falta poco para estirar la pata al viejo banquero!

—Será —constataba el otro.

Cuando el Viático hubo pasado y se alejó del lugar, todo volvió de inmediato a la saltarina y animada normalidad.

—¡Perdices! —gritaba una vieja gorda.

—¡Buena carne de cordero! —decían por otro lado.

Trote de caballos mezclado con canciones. Injurias procaces. Chanzas, chistes. Gritos, palmas. Risas. Vida.

Otra pelea.

—¡Es mía! —farfullaba quien fuese, agarrado a una bolsa preñada de no se sabía qué.

—¡De eso nada! —decía otro, que se arrojó sobre el primero esgrimiendo su puño cerrado.

La luz de la mañana se clavaba en cada figura y definía las formas sin concesión a engaño.

Tintineo de copas. Sonido de instrumentos de cuerda.

De una *trattoria* surgía la música torpe de un puñado de mendigos, hacinados sobre una mesa de madera carcomida y plena de lamparones. Pedían vino.

Un perro ladró a mi paso.

La dueña lo achantó.

—¡Chucho!

Su soniquete danzaba en mi cabeza.

Comenzaba a clarear la mañana, a sentirse el calor indiferente del sol de la costa. Me enjugué el sudor que empezaba a valerme la caminata.

Música por aquella puerta. Música por la otra.

Eso llamaba poderosamente mi atención. La gente de Roma no estaba tan acostumbrada a cantar continuamente, a hacer de sus vidas un inacabable concierto. Sólo la música sacra, solemne, de los plomizos cultos. Rechazada por el vulgo, pero sin sustitución posible en el imaginario popular.

En Nápoles era distinto. En Nápoles todo era música, canción, chiste, broma, insulto, eructo. Sonaban los mocos en sus dedos y se los limpiaban en cada esquina.

Dios no los vigilaba.

Aquello era otra cosa.

Magnífico, nada sutil. Verdad, a fin de cuentas.

Una puerta entornada dejaba ver el interior de un patio, en el que una muchacha se encontraba aseando en una jofaina sus bien torneados brazos, correctamente morenos, de hembra sana, trabajadora y hermosa.

Trinaba un pájaro exótico en un balcón. En otro, las flores reventaban de color.

Olí a pan recién horneado, y pude ver cómo sacaban de una tahona una tabla repleta de bollos de aceite y pasas, todavía calientes, que atravesaron la calle delante de mis narices, perfumándola irresistiblemente camino de sus engullidores, que aguardaban en fila para comprar las ricas viandas.

Una mula dio una coz, y el mulero la maldijo y le pegó con una fusta certera. El animal resopló y se encabritó al instante, echando por tierra una carga completa de cerámica vidriada, que estalló en una constelación de brillantes tonalidades verdes y amarillas. Toda una desgracia para su propietario, que rompió a moler a palos al animal.

Ruido, ruido y más ruido.

Confusión, pero ordenada de algún modo.

Honesta, de algún modo.

## -7-

Conocía bien la posada a la que me dirigía, no era la primera ocasión en que me hospedaba allí por asuntos más o menos relacionados con el que, ahora de nuevo, me traía hasta sus cálidos muros de piedra encalada.

De hecho, mis visitas a la ciudad y mis estancias en la «*Guardingo*» habían sido bastante frecuentes en los últimos cuatro años.

Nápoles era un centro activo, caliente como el propio Vesubio, de movimientos soterrados, silenciosos, discretos. En los infiernos interiores de la tierra de Campania se fraguaban no sólo vómitos de lava, también potentes hordas de trasgresores de la norma. La *norma* impuesta.

El Vaticano lo sabía bien, y no despegaba ojo de aquella ciudad mediterránea, plagada de hombres y mujeres vocingleros, medio salvajes para los refinados príncipes de la Iglesia, gente del norte en su mayoría. Temían la erupción de aquel particular Vesubio: el cálido e hirviente volcán de masones, carbonarios y librepensadores. La *Omertà* competía en influencias con la Santa Madre. Dos poderes imposibles. Bastante tenía ya la Cátedra de Pedro con enfrentarse a reyes y nobles.

Remonté el Vomero por su empinada escalera centenaria tallada en la roca, dejando abajo la apiñada y sucia ciudad.

Podía oír las peleas callejeras en aquel día claro y de viento a ratos cortante. Caminé mirando la punta de mis zapatos, poniendo el máximo cuidado en no pisar ningún excremento de perro o de cristiano.

Precisamente uno de estos últimos me saludó, al cruzarme con él, mostrándome su boca sin dientes en un amago de sonrisa. Estaba en cuclillas, con los harapos sucios remangados sobre los muslos, y su redondo rostro colorado. No dejaba de apretar y de soltar una defecación sonora mientras me dirigía la palabra.

—Tenga usted un buen día, forastero.

Estaba colocado justo en mitad de uno de los tramos de escalones, impúdicamente entronizado en su propia mierda.

—Tenga un buen día usted también —respondí.

Y le esquivé para continuar con mi ascensión. Cuando acababa de pasar de largo escuché nuevamente su fea voz. Sin cambiar de postura ni dejar de obrar de vientre, medio volvió la cara.

—¿Me daría una moneda, por caridad?

—No.

Mientras me alejaba de él pude escuchar una retahíla de bendiciones exageradas mezclada con ciertas escogidas palabras en español, que bien sabía que eran insultos.

Al llegar, casi exhausto, al final de la empinada cuesta, apoyé mi cuerpo —rendido por los días de pesado viaje en barco— en un murete bajo que formaba balconada en la placeta frente a la cual se abre la puerta de la cartuja y contemplé la panorámica que se dibujaba ante mis ojos.

El cielo pintaba aquel día de un azul tranquilizador. Las caóticas calles de la ciudad eran un ruidoso mentidero, trayéndome el vientecillo frío y húmedo un sinfín de discusiones, de peleas, de celebraciones por cualquiera sabe qué motivo particular, ruido de carros, galopar de caballos, alguna canción...

Era sorprendente. Estaba en uno de los puntos más altos de la ciudad y hasta allí llegaban las voces.

Fijé mi vista en el volcán. Su humo era negro y recto, como la columna de la que habla el Éxodo. La bahía que se extendía a sus faldas debía permanecer, en aquel preciso momento, dulcemente calma, con toda seguridad en arrullo, aunque desde el lugar donde yo me encontraba no conseguía verla.

Recogí el bulto de mi equipaje tras haber recuperado el resuello.

Sonó la campana en la espadaña de la cartuja.

Dejé a mis espaldas el castillo de San Elmo y volví a subir una costanilla que me condujo casi de inmediato a la diminuta casa de hospedajes.

En la puerta, la gobernanta y su marido conversaban, sentados en sendas sillas de anea, con un *acquafrescaio* viejo como su burro engalanado con arreos grasientos y adornos en hilo rojo y amarillo. La dueña pareció reconocerme.

Al ver en mí las intenciones de arribar a su puerta me sonrió exactamente como hacía un instante lo había hecho el pordiosero en la escalera: sin un solo diente sano. Levantó su obe-

sa humanidad no sin dificultosos esfuerzos y, con ademanes exagerados, se dirigió hacia mí con voz chillona.

—¡Paolo, Paolo, hijo mío de mis entrañas! ¡Cuánto hace que no te vemos! ¡Ven a mis brazos! ¡Un beso, un beso a tu tita Carmela! ¡Un beso del guapo tratante! ¿Y la *mamma*, y la señora esposa, y los niños...?

Me estrechaba entre sus brazos como si verdaderamente me tuviera algún aprecio, ante la imperturbable mirada de su marido, que permanecía velada bajo un negro y desmembrado sombrero de ala ancha que le caía sobre los ojos. No pareció interesarse por la escena, ya que continuó la parla con el aguador. La bestia reculaba a cada gritito de fingida alegría que emitía la señora.

Todos allí me creían viajante de una importante manufactura florentina de telas. Esa era mi justificación. La de mis viajes y la de mis extrañas idas y venidas dentro de una ciudad que hacía gala como ninguna de la mirona curiosidad propia de los mediterráneos. Me solía relacionar tanto con nobles como con lacayos, con comerciantes y con eclesiásticos, artesanos, judíos prestamistas, banqueros alemanes... Toda esa dispar actividad era creíble tan sólo en un comerciante de telas. Sin levantar sospechas.

La dueña me ofreció su ayuda, cargando ella con el equipaje, a pesar de negarme yo en un principio, pero era tozuda como una mula. Tozuda y fuerte.

De cuatro zancadas de sus piernas gordas como columnas me acompañó hasta la que era mi habitación de costumbre, la que alquilaba a precio de palacio para evitarme así indiscreciones y pagar de este modo la complicidad de los propietarios de la casa. Discreta casa.

Di una generosa propina junto con el adelanto por la estancia, que esperaba larga. Al menos un par de semanas, si no un mes.

La gobernanta se despidió como me había saludado, entre gritos y abrazos estranguladores. Muchos besos. Marchó a prepararme algo para almorzar.

La escuché bajar ruidosamente las escaleras de madera añeja, mientras daba gracias a Dios por tenerme de nuevo entre sus huéspedes. Hablaba a voces, para que la oyera bien.

En la soledad de mi pequeña pero despejada habitación abrí, con la soltura que procede en confianza, los portones del magnífico y recoleto balcón, respirando de una bocanada el aire siempre cálido del mar.

Frente a mi balcón, el Golfo: la gran hoz que siega las aguas. Ahora parecía que el penacho de humo del Vesubio tomaba alguna forma caprichosa.

Quise conversar de alguna manera con aquel gigante aletargado, y utilicé para ello su mismo lenguaje: saqué de su bolsa de cuero y encendí una de mis largas pipas de barro, aspirando con deleite la fumada suave de mi tabaco holandés.

Permanecí apoyado en las maderas del balconcito durante bastante tiempo, con el pensamiento vacío. Jugando a ser como el volcán que parecía observarme con ojos invisibles. Reposado, cálido..., pero portador de una latente furia interna que me abocaría, tarde o temprano, a destruir.

Lo sabía. Sería, quizás, una vida, o libertades prohibidas...

Libertades prohibidas...

Desperté de mi ensueño con la voz gritona de la dueña avisando de que ya tenía lista la comida en la mesa de la cocina. Debía bajar antes de que se enfriara.

Al hacer el ademán de abrir la puerta de la habitación sufrí uno de mis frecuentes mareos.

Traía demasiada tensión acumulada.

## -8-

Me proponía, en primera instancia, dar con la Logia principal de la ciudad. Guardaba alguna noción de hacia dónde podía encontrarse, por viajes anteriores, pero nunca había necesitado localizarla verdaderamente.

De otra parte, trataría de averiguar algo sobre Ernesto Della Moglie o sobre el propio Príncipe de Sansevero. Saber del príncipe sería, sin duda, mucho más fácil que indagar la suerte que había podido correr el sobrino del cardenal, aunque, con seguridad, iba a costarme bastante trabajo el acercamiento a Di Sangro. Tenía entendido que el noble era bien celoso de su intimidad, hasta el punto de ser considerado excesivamente misterioso y reservado por las gentes de una ciudad tan abierta y vocinglera como Nápoles. Era sumamente difícil resultar de su agrado, y mucho más entrar en su círculo íntimo. Iba a ser todo un reto para mí, aunque si, como sospechaban desde el Vaticano, el príncipe había vuelto a relacionarse con las ciencias ocultas, yo tendría mis buenas bazas para despertar al menos su curiosidad.

Antes de dejar Roma, el cardenal Piccialli había contado con la precaución de hacerme llegar la documentación necesaria para ponerme en antecedentes con respecto del Príncipe de Sansevero. Se trataba de una veintena de pliegos sellados con el lacre del Archivo Secreto Vaticano: las actas del proceso contra Di Sangro en 1751 –donde se señalaban claramente los cargos de masón, iluminado y alquimista—; copia de la carta a Carlos III, en ese mismo año, que pedía la persecución de los *hijos de la viuda* en los reinos de Nápoles y de España, y la retractación jurada, acompañada de una lista detallada con los nombres y ocupaciones de destacados *hermanos* masones, que le valió a Di Sangro salvar su cuello, aún a costa de la traición.

Este hecho en particular produjo en mí un extraño sentimiento de hermandad con el príncipe. Ambos éramos unos renegados. Unos perjuros ingratos.

Debía, por tanto, extender mi red. De una parte, encontrar el *Templo*. De otra, saber del joven sobrino de Su Ilustrísima y de su inquietante mecenas.

Y es que Di Sangro era un generoso benefactor, costeando a varios pares de cantantes adolescentes para esplendor de su majestuosa capilla familiar, envidia de las ilustres castas de la Campania. Cantantes castrados, por supuesto. Voces de oro, coro de ángeles que sacrifican su virilidad, su todo, la única y remota posibilidad de prevalecer en este mundo a través de la descendencia, para mayor gloria del Altísimo. Y en aras el Arte supremo de la Música Sacra. Y, en fin, por lograr mediante esta entrega una salida mínimamente digna de la miseria en la que generalmente nacen, y de este modo proporcionar a sus pobres familias algún sustento.

Me puse manos a la obra nada más recibir el calor de la sopa de pollo escuálido que preparara la dueña. Sabía a rayos, pero reconfortaba después de días a base de bacalao en sal y bizcocho, plato único a lo largo de la molesta travesía.

Sabía dónde acudir primero.

Me vestí cómoda pero elegantemente después de un aseo ligero y me miré en el oscuro espejo de la habitación. No me reconocía casi, sin aquellas rayas de colores vivos que conformaban el que era mi único traje un día tras otro. Recogí mi pelo negro en una cola atada por lazo suave de seda azul. Caí una vez más en la cuenta de que empezaba a canear. Calcé pantalón de marrón muy oscuro y cálido, medias blancas, chapines negros. Me dispuse una discreta levita gris, de cuello alto, abierta a la única señal de ostentación: mi chaleco dorado con botonadura tan refulgente como el espadín que, inmediatamente después, pendí de la cintura. Al cuello mi pañuelo blanco con bordados chinescos en sutil tono marfil. En una mano mi sombrero español de tres picos, en la otra un largo bastón de cerezo con empuñadura de bronce en forma de cabeza de león. No era día de capa.

Salí camino de la casa de mi buen amigo Iossua Nebbia, alguien que, aun sin saber exactamente para quién trabajaba yo, conocía de mis altas responsabilidades y me había sido de mucha utilidad en viajes anteriores. Algo debía sospechar sobre la identidad de mis superiores, sin duda, por lo que no perdía ocasión de alabar la grandeza de la fe católica frente a la infeliz raza judía. Se hacía llamar Joseph Nebbia, descendiente de conversos a la fe de Cristo por la gracia de Yahvé.

Tenía una eficaz red de informantes de los que solía valerse para tal o cual pesquisa en casas de ricos venidos a menos al

borde de la almoneda, para así mantener a flote su pingüe negocio como anticuario. Cada vez más, los viejos óleos y estatuas mugrientas, arrumbadas en caserones invivibles de hidalgos en horas bajas, producían inmejorables beneficios a unos cuantos negociantes avispados. Los nuevos acaudalados, alta burguesía compuesta por comerciantes prusianos y franceses sobre todo, eran sus mejores clientes.

Nebbia constituía una magnífica herramienta de información. Por un módico precio se enteraría y me pondría en conocimiento acerca de las actividades y la situación pecuniaria del príncipe.

Además, yo presumía que un opulento judío converso no podía sustraerse de formar parte de la muy provechosa hermandad de la plomada.

Por todo ello, Nebbia me parecía el primer eslabón necesario de estimar en la imprevisible cadena que me acercaría hasta Di Sangro.

Bajé dando un tranquilo paseo hasta una plazoleta diminuta, donde aguardaban tres coches de punto a que alguien como yo requiriera sus servicios. Uno de ellos, de zafio pero veloz cochero, me condujo hasta la misma puerta del convento de Santa Chiara, cerca de donde Nebbia tenía su almacén y vivienda.

Un montón enorme de piedra sin desbastar ocultaba parte de la fachada de la iglesia conventual, materiales éstos para una reforma ampulosa del interior que se venía llevando a cabo desde hacía más de un lustro. Recordaba haberla visto en similar estado en un par de viajes anteriores, lo que me daba que pensar sobre cómo habría quedado de irreconocible el interior de aquella iglesia, en principio gótica de sobrias hechuras. Años de trabajos incansables. Una digna y magnificente tumba para los Anjou, sin duda.

Varios pícaros se arremolinaron en torno a mí nada más verme salir del vehículo. Algunos estaban casi desnudos y todos, por igual, renegridos de suciedad. Vigilé la bolsa del fajín, a riesgo de perderla en un empujón de la marabunta. De hecho palpé en las cercanías de la faltriquera, hasta en tres ocasiones, pequeñas manos rebuscadoras que retiré de un golpe seco de bastón, sin saber nunca muy bien a cuál de los andrajosos de entre el barullo pertenecían.

—¡Niños! —grité, tomando aire resuelto.

Me deshice de ellos lanzando a buena distancia alguna calderilla que saqué de uno de los bolsillos del chaleco. Todos se alejaron

siguiendo el sonido de las piezas al caer sobre los adoquines, igual que palomas ávidas por las migajas de pan que les tiran los ociosos.

Una veintena de sacerdotes abandonaban la cercana iglesia del *Gesu Nuovo*, que había pertenecido a los jesuitas hasta hacía poco menos de una década, cuando fueron expatriados. Saludé el paso de los padres respetuosamente, con una inclinación de cabeza mientras que me descubría. Algunos se dignaron devolverme el saludo.

Dos pescaderas en pareja llevaban hasta un mercado cercano, en equilibrio sobre sus cabezas, las banastas plenas de frutos del mar. Pasaban caballos. Paseantes abastonados cogidos del brazo de sus bellas.

La mujer napolitana es tanto baja y moruna como alta y recia matrona, pero en cualquier caso hermosa y de rasgos grandes. Labios, boca, senos, brazos. Todas morenas. Les diferencia de las mujeres de la Toscana  su tono de piel, muy oscuro, y su labia inquieta y ordinaria la más de las veces. No saben callar.

Las narices aguileñas abundaban en el humano mundo que ante mí se desplegaba.

Criadas que paseaban la compra del día y escuchaban las chanzas del *guappo* de turno, chulo desocupado. Algunos hombres fumando un tabaco negro y apestoso, liado en cualquier papelote de freiduría.

Quien más y quien menos comía uno que otro *zeppole* comprado a una churrera cercana, tan poco aseada como el común.

Muchos menesterosos. Unos callados y quietos, perdidos entre el gentío, sentados con rostro cariacontecido y mano extendida. Otros, incordios de aquí para allá, buscando la caza de la limosna. A los primeros se la daban por pena, a los segundos para deshacerse de ellos. Y algún embaucador vigilante.

Desiguales niñas entraban al convento cercano. Perros en todas partes, pulgosos, bostezando, dormidos al sol en siesta perpetua. Un niño arrojó contra un podenco tuerto la piedra que previamente le había arrebatado a otro infante más pequeño, que quedaba llorando sin su rústico juguete.

Un *acquafrescaio* llegó hasta mi lado de entre aquella algarabía, sin yo haber reparado en ello.

—¿Agua, señor?

—Sí —contesté al instante, casi sin pensarlo.

—Es de las faldas del Vesubio, señor, gaseosa y curativa —me indicó mientras la servía—. Tibia hace de vientre y fría con limón es buen refrigerio...

Bebí del vaso grande de cristal duro y rallado, que le devolví al pagar.

—Que tenga buen día vuesa merced —dijo entonces, con gracejo antiguo.

—Disculpe, buen hombre —lo retuve antes de que se alejara—, ¿sigue Nebbia viviendo en la *casa del fénix*?

Me miró de arriba abajo, con cierto reparo.

—Sí —contestó al fin—, el converso sigue viviendo en la misma casa dejada de la mano de Dios —y escupió al suelo sin ningún pudor—. ¿El señor es cliente o recaudador de deudas?

Lo miré fijamente por unos instantes, sin saber exactamente qué pensar de aquel hombre y su burro. Me pudo la prudencia.

—Gracias, quede usted con Dios —decidí ignorar su pregunta y me giré con la intención de marcharme.

A los pocos pasos escuché de nuevo la voz del aguador, que me reclamaba.

—¡Sepa vuesa merced que si es cliente nada hace con visitar al viejo, lleva un mes sin mercadería y acosado por los acreedores! ¡Por ello mi pregunta, señor, por hacerle favor y ahorrarle viaje en balde!

La curiosidad cotilla era propia del carácter de aquellas gentes, pero algo en el tono de su voz me hizo desconfiar. Deseché tal sensación y me volví graciosamente a contestarle.

—Soy familia lejana de Joseph, mis intereses no son precisamente comerciales.

El aguador guiñó un ojo.

—Pues si sus intereses son los que creo que son, también ha de saber que sus dos hijas ya están prometidas. La mayor desde hace poco más de un año y la menor nada más empezar el declive de la hacienda. Yo sólo le informo...

Aquella actitud de correveidile me irritaba. Me volví con una mueca que se pretendía sonrisa, sin responder palabra a aquel indeseable.

Sabía que el aguador estaría observándome mientras me alejaba camino de casa del anticuario. Notaba sus ojos venosos clavados en mi nuca.

Podía casi imaginar con toda precisión sus cavilaciones pueblerinas.

## -9-

La *casa del fénix* era conocida por ese sobrenombre dado que tenía pintado al mítico animal en una tabla de vivos colores que colgaba oblicuamente sobre el quicio del portón, como anuncio bajo el que se destacaba el nombre del anticuario.

Una de su dos hijas, la de menor edad, observaba la calle desde un ventanuco del piso superior.

Llamé golpeando las maderas de la puerta con el puño de mi bastón, con lo que la joven abandonó inmediatamente su cómodo acodo en la ventana para aparecer al poco abriendo el postiguillo.

—Soy Cuttat, ¿está tu padre?

—¿Cuttat el comerciante de telas?

—El mismo.

Indicó que entrara, sin mediar palabra, con un gesto de la mano. Estaba seria y aparentemente preocupada. Era bajita y ancha de caderas, pero suficientemente guapa.

—Se encuentra en cama.

—¿A estas horas? —pregunté extrañado.

—Sí, no se siente muy bien que digamos. Cayó enfermo ayer tarde.

—¿Algo grave?

—No, fiebres nerviosas. Esta casa no está pasando por su mejor momento, señor Cuttat.

Me mostró la salita en la que tantas veces me había recibido el anticuario. Abrió las contrapuertas de las amplias ventanas y la luz rasgó la oscuridad de la estancia. Mi sorpresa fue mayúscula.

Donde recordaba haber podido contemplar numerosas pinturas colgadas en abigarrada exposición para su venta ahora sólo tendían telarañas. Habían desaparecido los ricos muebles, siendo sustituidos por una humilde mesa enorme y acuchillada, que parecía sacada de alguna carnicería, y varias sillas desvencijadas. No quedaba rastro de las imágenes sacras talladas en madera ni de las estatuillas de los más diversos materiales que solían apiñarse en grupos ordenados sobre las varias cómodas que se ubicaban a lo largo de la amplia habitación. No quedaba ni uno solo de entre las decenas de libros que Nebbia

atesoraba. Ni rastro de las cajoneras que albergaban colecciones enteras de joyas.

—Espere aquí, veré si puede recibirle.

Me senté, haciendo crujir bajo mi peso uno de los incómodos asientos. Temí que se partieran las endebles patas y caerme en cualquier momento, por lo que me levanté y permanecí en pie unos segundos sin saber dónde posar mi vista, que tantas otras veces se maravillara en las nutridas piezas de arte que el viejo Nebbia tenía renovadas a cada viaje mío. Decidí asomarme a la ventana y observar la calle.

En la esquina que se formaba entre la casa de enfrente y un callejón encharcado de heces, distinguí la imagen del aguador, que miraba sin verme. Aquello me inquietó.

Entró la joven de nuevo en la estancia.

—Lo siento, mi padre se disculpa por no estar en condiciones de poder recibirle adecuadamente y le ruega que vuelva dentro de algunos días.

No era cuestión de perder tiempo, por lo que decidí apostarlo todo a la peregrina certeza que rondaba por mi cabeza.

—¿Recado de escribir? —pedí.

La joven hija abandonó la estancia otra vez, para regresar trayendo papel pulposo de baja estofa y un tintero de loza amarillo. Definitivamente aquella casa no era lo que fue. Recordé los juegos de tinteros de plata de los que tan orgulloso estaba Joseph, algunos para comerciar con ellos, otros de uso personal. El cambio era patético.

Mojé la pluma y dibujé tres puntos que, de unirse con una línea, hubiesen formado un triángulo perfecto. La joven me contemplaba con extrañeza. Doblé el papel y se lo di.

—Muéstrale esto, por favor. Si, una vez lo haya visto, él lo considera oportuno me marcharé por hoy.

La joven subió las escaleras con el papel entre sus estupefactas manos, sin comprender. Aguardé.

Observé mientras tanto que el aguador ya no estaba en la esquina. No supe qué podía significar aquello, lo cual me producía mayor desazón.

—¿Quiere verme mi amigo Paul Konrad —escuché la voz del anticuario a mis espaldas—, o acaso me requiere mi *hermano* Paul Konrad?

Estaba en el linde de la puerta, su hija le sostenía de un brazo. Cubría su nada disimulado camisón amarilluzco con un largo abrigo que había pasado tiempos mejores, como la casa. Me sonreía.

Había dado resultado: mi intuición había sido la acertada.

Me acerqué, le estreché la mano y lo besé en las mejillas. Clavé el dedo índice de mi mano derecha en la muñeca de su mano derecha, mientras agarraba con la izquierda su antebrazo por la altura del codo. Él hizo lo mismo.

—¿Cuánto tiempo hace que no te ven los ojos que ahora lloran al contemplarte? —dije yo.

—Desde que abandoné el camino de la luz porque la luz misma ya habita en mí —contestó el anciano, siempre con la sonrisa colgada de los labios.

—A la Gloria del Gran Arquitecto del Universo, se revela un hermano rojo, grado dieciocho.

—Caballero Rosa-Cruz, caiga tu venda, como la mía ha caído, ante un Venerable Areópago Filosófico veintitrés.

—Jefe del Tabernáculo —y me incliné.

—Pero *hermanos* ante todo.

Finalizado el ritual, ambos deshicimos la tenaza de brazos que nos unía.

—¡Desconocía tu pertenencia, querido Paul!

—Me ha sido necesario revelarla porque en esta ocasión vengo a Nápoles por asuntos algo más complejos de lo habitual, y sabía que podía contar contigo, amigo Joseph. Pero antes, cuéntame, ¿qué ha sido de tu próspero negocio? Estoy profundamente abatido por lo que veo a mi alrededor...

—¡Ay, Paul! —suspiró y se agarró de mi brazo para apoyarse, al tiempo que se soltaba del de su hija— Anita, ve y prepara chocolate. ¿Aún tenemos chocolate?

—Sí, padre.

—Pues ve, ve y prepáralo. Mientras, nosotros, querido *hermano*, hablaremos tranquilamente en un sitio algo más acogedor.

Nos dirigimos a paso lento de anciano hasta una estancia mucho más pequeña que la anterior y casi tan pobremente desnuda, de no ser por una tabla que colgaba de la pared y desde la que se asomaba una preciosa Virgen con el Niño en sus brazos. Ella miraba con complicidad al espectador mien-

tras revolvía los cabellos del chicuelo, que la besaba en la cara a la par que jugaba con una manzana en su manita derecha. Estaba lozanamente desvestido, apoyado con sus pies en el libro de oraciones que sostenía la Madre en su regazo. El pecho derecho de la Esposa y Madre de Dios se enseñoreaba libre, fuera de su camisa encorsetada. Su pezón, moreno claro, era tan delicioso y tentador como la manzana que sostenía el Niño. Aquella idea me turbó.

Pareció como si el anticuario hubiera leído mis pensamientos.

—Jamás en toda mi vida —me contestó— había contemplado nada tan hermoso. Por eso me hice de ella y moriré con ella. Prefiero perecer de hambre y frío antes que perderla de vista un solo día de mi existencia. Sé que con lo que vale podría vivir desahogado durante al menos un año, sería mi balsa de salvación. Pero... me volvería loco si la supiera lejos de mí. Sí, amigo, estoy seguro. La necesito. Es la mayor seductora que he conocido y por ella soy capaz de matar. ¿Lo comprendes, Paul Konrad?

No podía despegar la mirada de su seno desnudo. Por el rabillo del ojo casi la noté sonriéndome. Se me insinuaba abiertamente, con su hijo delante. Con su Hijo-Esposo, el fecundador y el fruto de lo fecundado. Se cierra el círculo del celoso. El círculo perfecto. Siempre suya.

Pero ella se escapaba de su dominio.

Pensé que por aquellas elucubraciones habrían podido quemarme en la hoguera no hace tanto, siempre y cuando los pensamientos hubieran cruzado el umbral de mis labios y los hubiese sabido formular con palabras tintadas de sensual irreverencia.

—Te comprendo, querido *hermano*.

Fue lo único que acerté a decir.

La Virgen me sonreía, definitivamente.

## -10-

Tomamos asiento en dos sillones bajos y nos acercamos la mesa de camilla que arrastraba unas sayas rojas deshilachadas.

Escuchábamos el ruido de cacerolas en la cercana cocina. El hogar restallaba quedamente por las ramas secas que seguro hacían mecha para el fuego.

—¿Qué te ha pasado, Joseph?

El viejo sonrió amargamente.

—Acreedores. Acreedores y bandidos, que no ven en mí sino a un cambista desalmado, fáustico, no sé qué... ¡El Señor de Montalbano, ese déspota! ¡Él, él es el culpable de mi desgracia!

Ocultó el rostro entre las manos, pero al instante se repuso, apretándose los ojos con ambas palmas.

—¡Gobernantes corruptos! —siguió con su plática— ¿Sabrán ellos de honradez? ¡Qué sabrán! Yo soy solamente un trabajador, un comerciante, como tú, Paul Konrad, pero de objetos inservibles, sin valor para unos... ¡Que compraba casi por caridad, amigo Paul, por caridad para ayudar con ello a sus pobres dueños que se veían ahogados en deudas! A cambio algún beneficio sacaba si los malvendía a mi vez, por supuesto, pero, ¿no es eso justo? ¿No es justo que un hombre se gane su plato de gachas y el pan negro con el que coman él y su dos hijas? Soy viudo, Paul Konrad, casi vivo en la fe del místico. La Santa Madre Iglesia sabe que soy un devoto cristiano, ¿acaso no puedo ganarme la vida con honradez?

Llantera fingida.

—¡Acusarme a mí, a mí, de usura y desposeerme de casi todas mis posesiones! ¡Qué digo posesiones, del material de mi negocio, de mi vida…! ¡Adiós a lo almacenado, adiós a la posibilidad de atender a mis clientes! ¿Y todo por qué? ¡Porque no abonaba qué impuestos! ¡Impuestos, impuestos, deudas...! ¿Acaso yo no he perdonado deudas y he aguardado el tiempo necesario a que pudieran pagarme mis deudores? ¡Y así me lo premia la ciudad de Nápoles! ¡Así...!

Sonreí sus exageraciones cuidando de no resultar grosero. El anciano movía adelante y atrás su macilento cuerpo, verdaderamente desmejorado.

—Veremos en qué puedo ayudarte —dije—, si de mi mano queda algo...

Antes de que terminara la frase, Joseph se arrancó en un grito de júbilo tan teatral como todo lo anterior.

—¡Gracias, gracias, amigo! ¡Sé que tu corazón es sincero y harías todo lo que pudieras, pero este asunto es demasiado enrevesado, y un pobre viejo no tiene porqué resultar una carga para nadie...! ¡No, no, amigo, mi buen amigo, descuida que el viejo Joseph sabrá salir de esta prueba que le envía el Señor! –me tomó la mano derecha con ambas suyas—. Pero, ahora, dejemos aparte penas con las que no debo aburrirte... ¿Qué necesitas tú? Veamos... Te escucho, *hermano*. Nada puedo negarte por buen amigo y ahora mucho menos.

La hija llegó con bandeja y jarrito de chocolate hirviendo. Lo sirvió en un par de jícaras chinescas desportilladas y se marchó tan silenciosa como había llegado. El líquido resultante era un mejunje más claro que oscuro, aguado y falto de azúcar.

El anciano tomaba sorbitos cortos, agachando la cabeza pero sin dejar de clavar sus ojos aviesos en mi rostro. Me decidí a hablar.

—Vengo por un asunto precisamente relacionado con nuestro *Arte*, enviado por el Supremo Consejo de Florencia.

—¡Ah! ¿Cómo está mi antiguo amigo Sebastiani? Más viejo que yo, supongo...

Aquello fue una prueba, una señal más de su felina desconfianza. Estaba bien, era la actitud correcta en un *maestro* celoso del secreto de su logia.

—Murió hará un año —contesté, sin darle importancia.

—¡Ah, es verdad! ¡Disculpa, estoy empezando a perder la memoria! ¡La edad, la edad, hijo...!

—Ahora ocupa su cargo Giovanni Fiero...

—Galeotto —me interrumpió— , sí, ahora recuerdo. Buen muchacho...

Había completado en mi lugar dicho nombre con su correspondiente apellido, como deferencia una vez superada la fugaz duda anterior, ya respondido correctamente el acertijo envenenado de la esfinge. Era un buen guardián, escrupulosamente protocolario. Era seguro que aún me pondría en algunos compromisos más hasta comprobar que yo era en verdad un *hermano sano* y no un infiltrado con intenciones de *reventar* su logia.

—Como te decía, Joseph, el Supremo Consejo me envía aquí para saber de un traidor al juramento. Tuvo relación con nosotros en el pasado, como *itinerante*, y tememos que pueda denunciar nombres de compañeros que ahora tienen intereses en la Corte Española.

El farol quedaba sobre la mesa. Veríamos qué pasaba ahora.

—¿Y por qué iba a hacer nada de eso? —preguntó el anticuario.

—Algo parecido hizo con los suyos aquí en Nápoles.

—¿Sí, cuándo?

—En el cincuenta y uno.

El viejo abrió los ojos con desmesura. Su barba rala tembló de manera diminuta.

—¡Sansevero…! —musitó, con la vista fija en la nada.

No me sorprendió su inmediata reacción, lo extraordinariamente nítido que tenía Nebbia aquel asunto al que me estaba refiriendo. No hubo vacilación alguna por su parte.

—El mismo... —dije.

—Pero, Paul Konrad, Di Sangro ya no es masón...

—¿No?

Esta vez el anticuario parecía confundido. Dejó la jícara de chocolate sobre la bandeja de alpaca, dando sobre ella un golpe seco.

—Era Gran Maestre de la Logia «Sol Dorado», yo pertenezco a «Horizonte», la conformamos comerciantes burgueses y artesanos del oro y la plata, sobre todo. En «Sol Dorado» se afilian los nobles y el clero liberal... había mucho jesuita ahí dentro. Bueno, supongo que todo esto ya lo sabrás...

Por supuesto que lo sabía.

—Después de la retractación y la denuncia a la Inquisición romana —continuó el anciano— el príncipe abandonó verdaderamente los círculos iniciáticos. No podía ser de otro modo, sobre él pesaba, y pesa, la declaración de *enemigo* por parte de las otras logias de la ciudad. Y no hay nada más. Ya no es masón...

—Pero eso no significa nada.

—¡Por supuesto que no! ¡Simplemente que ya no es masón! Si venías a saber de él como adepto ya lo sabes todo..., no hay más.

Di fin a mi chocolate, agradeciendo interiormente a la Providencia que se hubiera terminado aquel engrudo indigesto.

—¿Quieres otro poquito de...?

—No, gracias, quedo satisfecho... —interrumpí, rápidamente.

Parecía como si Nebbia supiera escuchar mis pensamientos. Continué con mi pesquisa.

—Pero vosotros debéis saber si verdaderamente se ha alejado de los *Misterios*, o puede que haya recalado en otra hermandad de iniciación...

—Nadie lo querría. Es un traidor, un apestado. Ninguna sociedad secreta está segura con él dentro. A no ser...

Joseph quedó en silencio, como si hubiera hablado demasiado y sucumbido su prudencia a un innato sentido napolitano del cotilleo. Le animé a proseguir.

—¿A no ser qué...?

—Nada, tonterías... Algunos llegaron a decir que desde hacía años Di Sangro pretendía la fundación de su propia sociedad iniciática. Se tenía a sí mismo por un elegido. Habladurías... Pero sí es cierto que el príncipe era considerado, en sus tiempos, como un enfermizo entregado al estudio de las Ciencias Ocultas, del Saber Supremo. La Obra, incluso.

—¿La Obra? —pregunté, extrañado— ¿Pero, cómo, física?

—¡Sí, sí, física! ¡Nada de simbólica! ¡La Piedra Filosofal, el Elixir de la Vida Eterna, lo Perfecto, lo Inmutable...: la Alquimia en estado puro!

—Me extraña que Di Sangro crea en cuentos infantiles, en esas tradiciones medievales...

El anciano Joseph acercó su cara huesuda a la mía, como para confiarme un gran secreto. Habló en voz baja.

—Di Sangro está loco, Paul Konrad... ¡Loco!

Y se retiró, apoyando la cabeza cansada en el espaldar del sofá. Cerró los ojos y continuó hablándome.

—Pero, a lo que vamos: ¿qué temen esos señores amigos tuyos y *hermanos* nuestros?

—Carlos III es un fiel vasallo del Papa —respondí con mi mejor tono fingido de arenga—, y las continuas y cada vez más violentas condenas del Vaticano contra la Masonería son llevadas al extremo en el Reino de España. Las cárceles de Madrid están repletas de nobles y ricos hombres que desafían el oscurantismo y la superstición mantenida por la Iglesia dentro de la sociedad. A la Iglesia española no le gusta sentirse

amenazada. Tiene miedo de perder su enorme influencia y, por supuesto, sus ingentes posesiones: las tierras. España pertenece a unos pocos, Joseph, y esos pocos la quieren tener en un puño. Algunos de mis representados, propietarios de las principales manufactureras textiles de Florencia, han firmado un tratado comercial con la Corte de Carlos, pero temen que todo quede en papel mojado si el Rey descubre que la mayoría de ellos son masones. Di Sangro es amigo personal del monarca y tal vez fuera capaz de...

—Ya, de delatarles. Pero contra esa posibilidad no podemos combatir.

Fruncí el ceño.

—Desde luego, ya lo sé, pero Di Sangro...

—El príncipe —Nebbia volvió a interrumpirme— está alejado de las logias de Nápoles, de eso que no te quepa la menor duda. Si era lo que querías saber, ya lo sabes. ¡Lo que haga o deje de hacer fuera de ellas se escapa de nuestras manos...! Está *decapitado*, amigo Paul Konrad. ¡No es para menos después de cómo traicionó a sus compañeros...!

—Imagino que...

—Pero, no obstante, comprendo tus temores y los de la logia a la que representas. Por eso, amigo, estaré encantado de servirte como hasta ahora vengo haciendo. He perdido mi fortuna, pero no a mis informantes, y tratarán de averiguar todo lo posible acerca de Di Sangro, si tú quieres...

Dirigí mi distraída mirada a la tabla desde la que aquella dama renacentista a manera de Virgen María seguía sonriéndome. Acto seguido volví a centrarme en el rostro, tan amarillento como su camisón y surcado de arrugas, de mi interlocutor. Todo marchaba según lo previsto.

—Bien, te lo agradezco y cuento con ello.

—¡Ahora has hablado, Paul Konrad! —me golpeó en el hombro derecho con una palmada hueca— No tengo que recordarte que mis colaboradores trabajan por un humilde salario por servicio prestado que deberás sufragar parte por adelantado y parte al final de la pesquisa...

Su apreciación me molestó, pero tal actitud contratista estaba enquistada en su espíritu de comerciante. Sabía que la mayor parte del dinero que Nebbia me pidiese iba a quedar en sus bolsillos en concepto de intermediario.

—Por supuesto, Joseph, descuida.

Apostillando mi respuesta solté tres piezas de oro procedentes de la bolsa que me había sido asignada para los gastos. Las pequeñas monedas danzaron como trompos sobre la despejada mesa oscura. Las pupilas del anticuario bailaron con ellas. Hasta le mejoró el color de la cara.

—Quiero averiguar —dije— si existe la mínima posibilidad de que Di sangro siga relacionándose con la masonería o, si me apuras, con algún otro iniciado aunque esté en su misma situación de *non grato*, de renegado e incluso de *degollado*. Quiero saber si verdaderamente ha abandonado el *Camino de la Luz*. También me interesaría conocer si continúa con sus elaboraciones alquimistas...

—Eso es casi seguro.

—¿Por qué tanta certeza? —pregunté— Antes me dijiste que sobre el particular solamente corrían habladurías, pudiera haberlo abandonado. Hace muchos años de...

—¡Pero pasa días enteros dentro de su palacio, Paul Konrad! La gente ve luces a deshoras, humos extraños, olores extraños... ¡Se persignan al cruzar por delante de la puerta! La capilla del palacio da a la calle y está abierta todos los domingos, como si fuese pública, pues bien: no hay ni un solo pordiosero que espere la salida de los pocos pares de señoritingos que acuden allí a misa. ¡Ni uno solo! ¡Ya ves tú, aquí, en Nápoles..., ya sabes cómo están de plagadas las calles de pobres! ¡Pero todos se guardan de acercarse a las puertas de la *Pietatella*! ¡Incluso cuentan cosas raras de un par de ellos que intentaron establecer sus menesterosos dominios en el zaguán de la capilla de Sansevero! ¡Desaparecieron: no se les volvió a ver por los lugares que frecuenta el hampa!

—Tonterías, ¿qué quieren decir con eso las malas lenguas, que el príncipe se habría molestado en matarlos?

—¡No, amigo Paul, en matarlos no: en utilizarlos para sus misteriosos experimentos!

Por alguna pintoresca razón, fue aquella anécdota, contada por el viejo Joseph como de casualidad, lo que más poderosamente llamó mi atención de entre todo lo que veníamos hablando. Recordé alguna de las frases que contenía la desesperada carta dirigida al cardenal Piccialli por su joven sobrino.

—¿Experimentos? —pregunté con verdadero interés.

—Sí, sus... sus cosas... ¡No sé, Paul Konrad, es lo que se dice..., nada más!

Fue tajante. Me desilusionó, francamente, que llegados a tan interesante punto de la conversación no hubiera más que saber. Por ahora al menos, pensé.

Me levanté del asiento, iniciando el gesto de despedida al extender mi mano derecha.

—Bien entonces. ¡No, no te levantes! —impedí calurosamente que el anciano se pusiera en pie—. Quedamos en lo dicho.

—Descuida, *hermano*. En pocos días tendremos algo. Mandaré recado y nos volveremos a reunir. ¿Te hospedas donde siempre?

—Sí, en la casa de «*Guardingo*», por encima de San Elmo.

—¡Bobo, pero cuándo me harás caso y aceptarás el consejo de este viejo amigo tuyo! —rió el anticuario con cierta amarga dificultad— ¡Aquí siempre tendrás una cama limpia y no te faltarán comida y vino! ¡Guarda tu dinero para otros menesteres, Paul Konrad, y deja que te agasaje el anciano Joseph!

—La próxima vez... —le dije.

—¡Para la próxima vez seguro que estoy muerto, Paul Konrad! ¡Qué inocente eres al pensar que este viejo durará más allá de esta primavera!

—Hierba mala, querido Joseph, ya sabes que...

—¡Nunca muere!

Rió a mandíbula batiente.

Su hija me acompañó hasta la puerta.

Afuera era otro el aguador que ahora miraba fijamente hacia donde yo me encontraba.

A los pocos metros andados por entre el gentío que abarrotaba la plazuela me paré en seco y volví todo mi cuerpo con rapidez, de improviso.

Efectivamente: el segundo aguador caminaba detrás de mí, a cierta distancia. No pudo reprimir un involuntario sobresalto que le hizo frenar el paso por unos segundos. Luego continuó con el rostro gacho, mirando obsesivamente hacia el suelo. Me sobrepasó, enfilando una calleja que lucía pobres trapos mojados de todos los colores, colgados de cuerdas atravesadas de lado a lado. La colada chorreaba aguas tintadas y jabonosas.

Esperé unos instantes, contemplando cómo se alejaban, por la estrechez de la empinada calle, las figuras del hombre y su burro cargado de capazos con cántaras.

A cierta distancia, el aguador volvió el rostro lentamente y con mal disimulo. Al comprobar que yo permanecía en el mismo lugar, a la entrada de la calleja, mirándole fijo, volvió a retirar el rostro y se alejó definitivamente de allí.

Acto seguido marché en busca de un carro de alquiler.

Encontré uno en la Calle *Della Trinità*. Lo paré y subí en él.

—¿Dónde le llevo, señor? —preguntó el mayoral.

—Al palacio del Príncipe de Sansevero.

El hombre se volvió para mirarme mejor, con cara de inepto. Tenía la boca abierta.

—No creo que sea necesario que el señor haga gasto inútil. El palacio del príncipe está al final de esta calle, justo en la plaza de *San Domenico Maggiore*.

—Gracias entonces —respondí, rebuscando en la faltriquera—. Acepte esta moneda en justo pago por su información y por las molestias... —le acerqué la mano.

El hombre rechazó la pieza con una seña de cabeza.

Al bajar yo del vehículo la montura erizó el gesto. El amo la supo dominar con un hábil tirón de arreos.

Se despidió de mí con frase seca.

—Tenga buena tarde.

Y se santiguó justo antes de alejarse. Para que yo lo viese.